

# Amplitud de la ilustración española

JULIO ALMEIDA\*

DOS recientes volúmenes dedicados a *La época de la Ilustración*, en la *Historia de España*, fundada por Ramón Menéndez Pidal y dirigida desde su muerte por José María Jover Zamora, arrojan mucha luz sobre una cuestión acaso no suficientemente disputada y elucidada por los historiadores y pedagogos de la historia patria. Me refiero a «La política docente» (Francisco Aguilar Piñal), «La resistencia a la Ilustración», «El pensamiento tradicionalista» (ambos capítulos de Francois López —sin acento— y los tres en el tomo XXXI, volumen I), finalmente, unas pocas páginas dedicadas a educación y enseñanza en un extenso capítulo sobre «La sociedad colonial criolla» (Mario Hernández Sánchez-Barba, en el volumen II del mismo tomo)<sup>1</sup>.

Aunque leído todo por su orden, fueron estas siete páginas del profesor Hernández Sánchez-Barba (*ibídem*, 269-276) las que me hicieron concebir la redacción de estas líneas. Al hablar sobre la educación y la enseñanza, el ilustre americanista empieza diciendo que durante el siglo xviii la opinión pública fue tomando cuerpo en la América española y que Alejandro de Humboldt elogió la red de comunicaciones terrestres y postales. Y en seguida pasa a considerar que durante la segunda mitad del siglo xviii se dedicó especial atención a la difusión de *las enseñanzas primarias*. Durante el reinado de Carlos III el progreso es evidente, sí, pero «pese a todo, la mayoría de la población continuaba sumida en la mayor ignorancia, ya que los privilegios de las castas constituían un valladar insuperable para efectuar una educación primaria totalizadora»<sup>2</sup>. Para ir al grano que nos interesa, *el analfabetismo fue, y continúa siendo, la mayor lacra que quedó planteada en la América española, pese a la brillantez de los estudios superiores, en los que, ciertamente, se adelantó a muchas naciones europeas*. A mi juicio, esta es la cuestión. Esta es la realidad, ya secular, que me hizo pensar automáticamente en la situación, tan diferente, de la América anglosajona. Como señala Hernández, los colegios de enseñanza media y superior fueron muy abundantes. Basta pensar en la Universidad de San Marcos de Lima y en la de México. Humboldt, que recorrió la América española de 1799 a 1804, decía que «ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan sólidos y grandes como los de la capital mexicana». Fausto de Elhúyar,

\* Guareña (Badajoz), 1946. Profesor titular de Biología. Escuela Universitaria de Magisterio. Universidad de Córdoba.

<sup>1</sup> El título general del tomo XXXI es, repito, *La época de la Ilustración*. El volumen I se titula *El Estado y la cultura (1759-1808)*, y el II, *Las Indias y la política exterior*. Espasa-Calpe, Madrid, 1987, 1988.

<sup>2</sup> En palabras de Francisco Aguilar Piñal, «todo en la legislación escolar del xviii tiende a consagrar la división social existente, dando por supuesto que el nacimiento condiciona la clase a que se pertenece y el oficio a que fatalmente se está destinado por el origen familiar». Es el *antiguo régimen* español. Véase «La política docente», *ibídem*, pág. 448.

descubridor del tungsteno, y Andrés del Río, descubridor del vanadio, son catedráticos de España en América que dan fe, entre otros, de un progreso científico evidente<sup>3</sup>. Esta es la cara más presentable de la sociedad hispánica, sin duda la honra de la cúspide de la pirámide social hispanoamericana de hace dos siglos. En la América española —prosigue Mario Hernández— el ansia de cultura superior es enorme durante el siglo xviii (se entiende, reducidas minorías). Sí, por aquel entonces el nivel de las universidades norteamericanas eran inferior al del Sur.

Sin embargo, en los jóvenes Estados Unidos, el joven y perspicacísimo Tocqueville ve en 1831 algo muy distinto. Entre tantas cosas nuevas que llamaron su atención —nos dice al comienzo de su obra sobre *La democracia en América*— ninguna le sorprendió más que la *igualdad de condiciones* de los norteamericanos. Al hombre de la vieja Europa le sorprende la igualdad establecida en aquella nación en agraz (entonces sólo trece millones de habitantes). «No solamente las fortunas son iguales en Norteamérica. La igualdad se extiende hasta cierto punto sobre las mismas inteligencias. No creo que haya país en el mundo donde, en proporción con la población, se encuentren tan pocos ignorantes y menos sabios que en Norteamérica». No cabe mayor igualdad. Y concluye: «*La instrucción primaria está allí al alcance de todos. La instrucción superior no se halla al alcance de casi nadie*»<sup>4</sup>. El joven político francés advirtió hacia dónde iba el mundo, cuánto faltaba aún (en Francia, en Europa) para que la *égalité* fuese algo más que un deseo o un imperativo revolucionario. En Francia la enseñanza primaria no se constituye en servicio público y gratuito hasta 1881; pero eso ya no lo pudo ver Tocqueville, muerto en 1859. Y si pensamos en la generalización de la enseñanza primaria en España, entramos en la segunda mitad del siglo xx, muy lejos de la época de las Luces. Que es lo que se trata de demostrar.

Como se ve, el contraste entre el Norte y el Sur de América es notorio. Mientras el Norte, sin élites significativas, excluye el analfabetismo desde su nacimiento, el Sur se estructura de manera *castiza*, para decirlo con Américo Castro. John Adams (que habría de ser primer vicepresidente y segundo presidente de Estados Unidos) dice en 1765: «Un norteamericano nativo que no sepa leer y escribir es tan raro como un jacobita o un católico romano; es decir, tan raro como un cometa o un terremoto». Y los no nativos, los hijos de los inmigrantes (británicos, alemanes, polacos, italianos, judíos) iban siendo rápidamente alfabetizados y socializados en la escuela, una escuela que era medio eficazísimo al servicio del gran experimento iniciado tras el desembarco de los peregrinos del *Mayflower* (1620). Ya desde las leyes escolares de Massachusetts (1647) y de Connecticut (1650), y con el piadoso fin de leer la Biblia, el analfabetismo masculino era muy bajo; las pretensiones escolares de las mujeres se empiezan a igualar hacia 1790. Así pues, desde los comienzos del *melting pot*, desde que empezó a cocerse aquel formidable caldo de cultivo, la instrucción fue ingrediente esencial; todos o casi todos leían. Algo muy distinto, en efecto, de las sociedades hispanoamericanas.

## LA IGUALDAD DE CONDICIONES EN EE.UU.

<sup>3</sup> «Al iniciarse los movimientos emancipadores —escribe un inteligente argentino—, el lugar de Méjico en América era, sin disputa, el primero. Lo era a gran distancia de los otros pueblos americanos. Lo era, inclusive, comparado con los Estados Unidos de aquella época». Máximo Etchecopar, *El fin del Nuevo Mundo*, pág. 87. Buenos Aires, 1984.

<sup>4</sup> *La democracia en América*, pág. 71 (subrayado, mío). Cito por la edición del Fondo de Cultura Económica, México 1963. Pero los negros estaban exceptuados. A tres decenios de la guerra civil, los norteamericanos

**RESISTENCIA  
ESPAÑOLA A  
LA ILUSTRACIÓN**

Desde los comienzos de la Ilustración, como es bien sabido, hay en España una fuerte resistencia a ella. Francois López, profesor de la Universidad de Burdeos, aduce las conocidas palabras de Juan de Cabriada (1687): «Que es lastimosa y aun vergonzosa cosa que, como si fuéramos indios, hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por Europa...». Pero los *novatores* españoles, agrega el historiador, no tienen la osadía de los ilustrados franceses e ingleses (tal vez porque las fuerzas de resistencia están en España mejor organizadas y son más poderosas que en otras partes, como dice Sarrailh).

Es más, habiendo sido la península Ibérica la gran víctima desde el punto de vista demográfico durante el xvii, sucede a fines del mismo lo que sintetiza el profesor bórdeles: «Hacia 1680 el espacio mediterráneo de la vieja cristiandad —España, Portugal, Italia—, a partir del cual había ido forjándose Europa, queda ya casi totalmente marginado por la nueva Europa de las Luces» (*ibidem*, págs. 773 y ss.). El contraste Norte-Sur, claro en Francia, es cada vez más notable a lo largo del siglo xviii. Europa se escinde en dos: al Norte, la Europa científica, ilustrada: norte de Francia, Inglaterra y Gales, centro y sur de Escocia, parte de Irlanda, Países Bajos, Renania, parte de Alemania, Suiza, parte de Austria, la Italia del Po y Venecia. *Esta es la Europa que lee, la de las Luces: 33 millones de hombres en 1680, 55 millones hacia 1800, con un índice de crecimiento superior al de la Europa mediterránea.* Y al Sur, los países católicos, mucho menos alfabetizados, mucho más resistentes a los cambios y a la Ilustración.

Como otros historiadores, Francois López señala que el afán de hidalguía y de honra acabó por contagiar a la sociedad entera, provocando o acentuando la esclerosis económica (aquí echo de menos una mención a don Américo). Y aun discrepando *expressis verbis* de las tesis weberianas, López vuelve donde solían sus viejos colegas españoles: «Si España no se desvió de la ortodoxia católica, apostólica y romana en el xvi, fue probablemente porque el largo proceso de la Reconquista había moldeado una sociedad y una mentalidad que tenían que rechazar una revolución religiosa que para ella surgía demasiado temprano...»

**EL  
DESPEGUE DE  
LAS «LUCES»**

Aunque las Luces empezaron a brillar desde fines del siglo xvii, y débilmente desde el Renacimiento, el verdadero despegue, dice López, se sitúa a fines del xviii. Ello se debe también a otro factor: entre 1700 y 1800 la esperanza de vida aumenta unos diez años; siguiendo a Fierre Chaunu, López considera que la alfabetización masiva es el corolario de la victoria sobre la muerte; victoria aún modesta en relación con lo que vino después. Y con esto llegamos a un interesante apartado sobre alfabetización e instrucción.

Por lo pronto, el historiador francés establece algo que me parece incuestionable: el motor de la alfabetización —el paso de la cultura oral a la civilización de la escritura— no es la Iglesia ni el Estado: es la sociedad. Y sin embargo, como es sabido, el origen de la alfabetización *general* se halla en la necesidad de leer la Biblia en lengua vernácula. En su estudio sobre el siglo largo que va de 1550 a 1660, escribe Henry Kamen: «Sólo los países protestantes

ricanos del Sur «han prohibido, bajo penas severas, enseñarles a leer y a escribir»; pág. 342.

emprendieron con cierta seriedad el fomento de la alfabetización del pueblo llano. La razón era simplemente ideológica: la Biblia era la base de la fe, y la Biblia había que leerla<sup>5</sup>. El protestantismo fue, en efecto, la religión del libro. Ya decía Hegel, a propósito de la traducción que Lutero hizo de la Biblia, que en los países católicos es raro que el pueblo sepa leer. ¿Pero cuáles son los niveles de alfabetización de las naciones europeas después de 1600? Según ciertas estimaciones, en 1675 *lee y firma* en Inglaterra el 45 por ciento de su habitantes; en Francia, entre 1688 y 1720, el 29 por ciento.

¿Y en España? Siguiendo investigaciones y cálculos diversos, y aunque hasta ahora no existen estudios de conjunto sobre la alfabetización de la España moderna, Francois López intenta llegar, en una segunda parte de su trabajo sobre la resistencia a la Ilustración, a un «Enfoque definitivo de las realidades españolas» (*ibídem*, págs. 786-812). El historiador examina los datos conocidos, algunas estadísticas correspondientes al período 1877-1940. «Estadísticas verdaderamente aterradoras —dice—, ya que mostraban que en 1877 todavía había en España un porcentaje de 62 por 100 de analfabetos en la población masculina, de 81 por 100 en la población femenina; proporciones que en pleno siglo xx, en 1940, eran aún de 29,7 por 100 de hombres y 37,8 de mujeres por alfabetizar». Al comparar con los datos obtenidos por investigadores británicos y franceses, López llega a la asombrosa conclusión de que «España, en 1900, alcanzaba apenas el nivel ya superado por Inglaterra en 1675: 45 por 100 de hombres alfabetizados. Es decir —y vale la pena repetirlo porque parece increíble—, que había en España en 1900 un atraso de más de dos siglos respecto del "modelo" inglés». En fin, si comparamos con el *modelo* norteamericano, quizá sea más piadoso no hacer estas cuentas<sup>6</sup>.

Pero distinguiendo de tiempos, parece que hasta el siglo xvii el índice de alfabetización en España era comparable a los más altos de Europa. Sin embargo, es forzoso admitir que se produjo, no sabemos bien cuándo, «un estancamiento y probablemente un retroceso, que hará de la España de fines del xix uno de los países más atrasados de Europa. De hecho, el más atrasado con Portugal». Piénsese que el analfabetismo femenino llega al 87 por ciento hasta mediados del siglo xix (incluida, por cierto, la hija natural de Cervantes).

Más difícil es averiguar las razones, las causas de tan evidentes efectos. Al hablar de «Mentalidad cristiana vieja y estimación de la cultura» surge el nombre de Américo Castro, cuyas famosas tesis son bien conocidas. Para López, es obvio que las masas populares se sentían cristiano-viejas en lo profundo; mas quizá las pruebas de limpieza de sangre fueron utilizadas por las clases dominantes (y no sólo la alta nobleza) para excluir de los cargos de responsabilidad a candidatos de la mediana y pequeña burguesía. Algo muy español en definitiva. Quienes no podían pagar las costosas pruebas (la inmensa mayoría) quedaban automáticamente eliminados. «No sabemos si los contemporáneos, los hombres de "la edad conflictiva" evocada por A. Castro, se dieron cuenta de

## LA ALFABETIZACIÓN EN ESPAÑA

## LA TESIS DE AMÉRICO CASTRO

<sup>5</sup> *El siglo de hierro*, pág. 326. Madrid 1977.

<sup>6</sup> Véase también Carlos Lereña, *Reprimir y liberar*, págs. 338-341. Madrid, 1983.

ello, pero lo cierto es que la discriminación así instaurada fue de tipo económico-social más que racial y religioso». Tal vez el racismo religioso fue un mero pretexto para dividir, para diferenciar con señalada afrenta, que diría fray Luis de León.

El hecho es que la discriminación siguió su curso. Las pruebas de limpieza excluían a los pobres de los colegios; los *manteistas* sólo podían aspirar a un empleo subalterno. «Con este mecanismo de discriminación, la ciencia, la cultura, dejaron de ser para los españoles de mediana o baja condición un medio de medrar. Durante el primer tercio del siglo xviii, se dieron casos muy notables de intelectuales que tuvieron que soportar las consecuencias de dicho sistema: un Gregorio Mayans, por ejemplo, que fue el más admirable erudito de su tiempo, y probablemente centenares, millares de individuos que en el transcurso de un siglo y medio tuvieron que renunciar a la cultura como medio de ascenso. De 1620-1640 a 1777, seis o siete generaciones esterilizadas. Así se explica en parte la castración intelectual de España durante tantos decenios».

**LOS FOCOS  
DE  
RESISTENCIA  
A LAS «LUCES»**

Las universidades y el clero españoles del siglo xviii y aun después fueron verdaderos focos de resistencia a las Luces. Y así, «los colegios de jesuítas, por ejemplo, que tan excelente formación proporcionaban a sus alumnos en Francia, eran pésimos en España». Mientras en el país vecino la enseñanza de los jesuítas era de altísimo nivel, en España dejaba mucho que desear. No fallaban, por consiguiente, *los jesuítas* españoles, sino los jesuítas *españoles*. La prueba de ello está en que después de la expulsión mejoraron notablemente. Los jesuítas expulsos de España e Hispanoamérica dieron abundante fruto en Italia. Y aquí una pertinente observación sociológica del historiador: «Lo cual demuestra que tanto una orden religiosa como toda una Iglesia nacional están influidas de una manera decisiva por el entorno social, entorno sobre el cual influyen poderosamente a su vez». Y algo no muy distinto podría decirse de la Inquisición, sin duda más efecto que causa. No escapó a Ortega que la Contrarreforma —«el ajuste de los tornillos flojos en el alma europea»— no fue nociva por ella misma, sino por coincidir con algún otro vicio nacional. Causó daño en España, sí. «Pero sería, sobre injusticia, incomprensión hacer culpable del daño a aquella, puesto que en otros países, "por ejemplo en Francia, no sólo no causó avería, sino que hizo posible la gran época de esta nación»<sup>7</sup>.

**LOS  
MAYORES  
OBSTÁCULOS**

No es difícil advertir que la Ilustración española fue o estuvo siempre rodeada de los mayores y más pertinaces obstáculos. Cuando se compran los destinos y las decisiones de las dos Américas, cuando se piensa en la humilde alfabetización de los españoles de los dos o tres últimos siglos, surgen gruesas diferencias. Desde fines del siglo xix los más egregios claman y reclaman escuela elemental: Giner, Costa, Unamuno, Ortega, Castro, entre otros muchos. En vano. España entra en la segunda mitad del siglo XX, ayer mismo, con niveles de analfabetismo y escolarización propios del siglo xix. El curso 1951-1952 sólo la mitad de los niños españoles va a la escuela; el mismo porcentaje que en 1880. Son más

<sup>7</sup> La idea de principio en Leibniz. OC, VIII, 355.

de dos millones los niños sin escuela (se dice pronto), que el decenio siguiente reduce a un millón. El curso 1963-1964 se acomete incluso una campaña nacional de alfabetización en la que toman parte cinco mil maestros. Un poco tarde. Carlos Lerena considera que en España no ha habido realmente escuela primaria (es decir, escuela para todos los hombres, según los ideales luciferinos, de las Luces); y calcula que son cincuenta o sesenta años de retraso *como mínimo* la distancia que nos separa del conjunto europeo.

Ahora ya hay escuela primaria para todos, pero todos no se hallan *juntos* en los asientos escolares. Lograda al parecer la igualdad, escolarizada finalmente la totalidad de la población infantil, es bien sabido que esto se hace en dos lugares separados/La educación básica, poco general o común, se da en dos sitios, hay dos escuelas especiales: la pública y la privada, con sus clientelas respectivas. Si antes no había apenas escuela para los pobres, si ayer el pretexto o la causa eficiente de exclusión era de índole racial y/o religiosa, hoy, parejamente, *todo tiende a consagrar la división social existente*. En 1983 dos millones de niños se hallan en escuelas privadas subvencionadas. El proteico particularismo español, certeramente analizado por Ortega en *España invertebrada*, reaparece una y otra vez en mil formas tan inimaginables y sorprendentes como groseras e idénticas.

En fin, *last, but not least*, nada tan fácil como constatar que el gasto público destinado a Educación sigue muy por debajo de lo que nos corresponde. Hoy España sólo gasta un 2,6 por ciento del producto nacional bruto en este capítulo, pero Portugal, Italia y Francia gastan casi el doble. Aquí está nuestro talón de Aquiles, dice Amando de Miguel<sup>8</sup>. La pregunta es obvia: ¿hasta cuándo?

**ESCUELA  
PÚBLICA  
ESCUELA  
PRIVADA**

<sup>8</sup> *El aula en el aire*, pág. 161. Madrid, 1987.